Frédéric Richaud

El jardinero del Rey

Traducción de José Ramón Monreal

Duomo ediciones

Barcelona, 2015

Título original: *Monsieur le jardinier*

© 1999, Editions Grasset & Fasquelle
© 2015, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
© 2015, de la traducción: José Ramón Monreal Salvador
Todos los derechos reservados

En la cubierta: detalle de *Le Bosquet du Marais dans les jardins de Versailles*, de Gerard Blot.

Primera edición: junio de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-15945-62-8
Código IBIC: FA
DL B 2299-2015

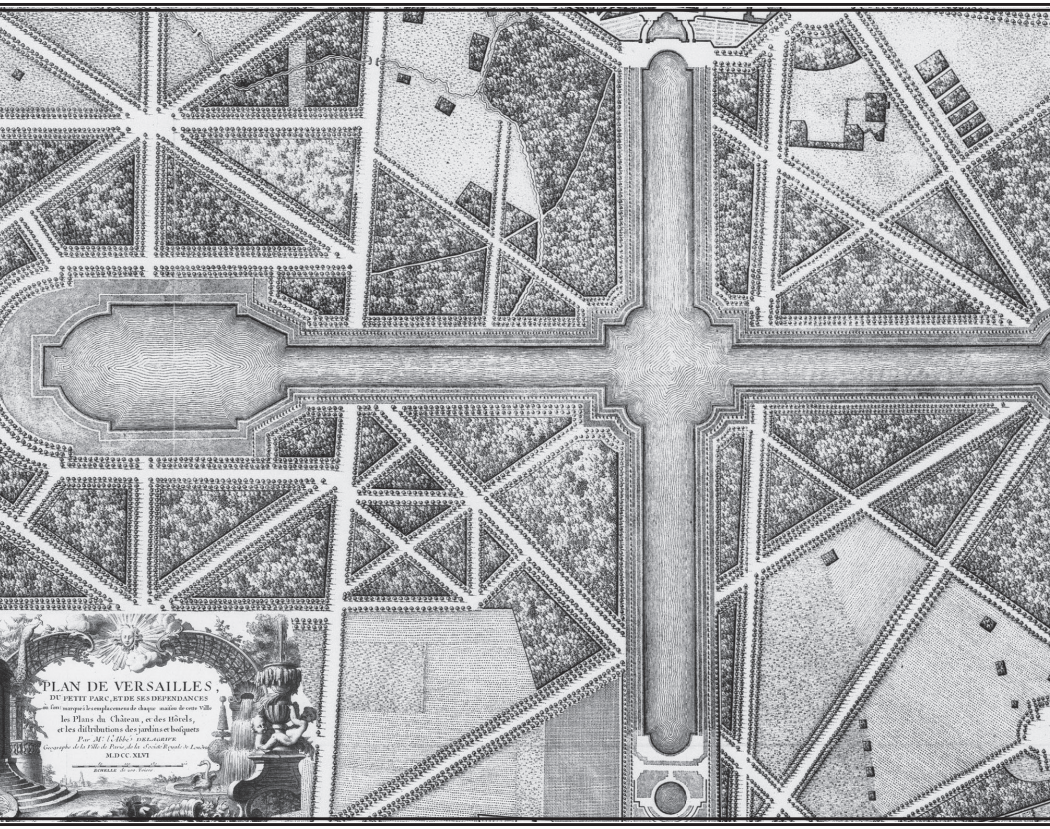
Diseño de interiores:
Agustí Estruga

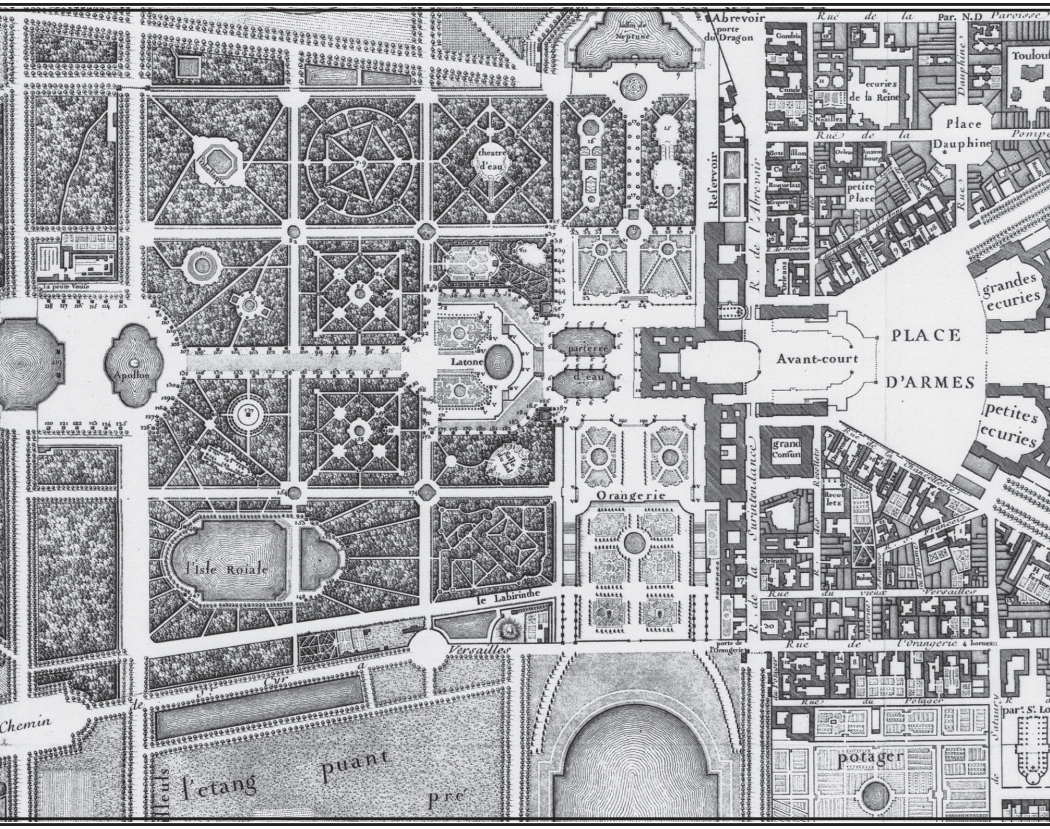
Composición:
Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Jean-Philippe


PLAN DE VERSAILLES,
DU PETIT PARC, ET DE SES DEPENDANCES
Par M.r L'Abbé DELAGRIVE
Geographe de la Ville de Paris de la Société Royale de Londres
M.D.CC.XLVI
BONELLE Sc. rue Poirée


Abrevoir
porte du Dragon
Rue de la Par. N.D
Paroisse
Toulou
Place
Dauphine
Rue de la Pompe
Dauphine
ecuries de la Reine
petite Place
Rue
grandes ecuries
petites ecuries
PLACE
D'ARMES
Avant-court
Reservoir
R. de l'Abreuvoir
R. de la Surintendance
grand Conseil
Recollets
Rue du vieux Versailles
Rue de l'Orangerie
Rue du Potager
potager
Orangerie
parterre d'eau
Latone
theatre d'eau
Neptune
Apollon
la petite Venise
l'Isle Roiale
le Labirinthe
Versailles
Chemin
l'etang puant
pre
Par. S. Lo

I

En aquel mes de agosto de 1674, en Versalles no se hablaba de otra cosa que de la guerra. Tras la fulgurante victoria del Rey contra una Holanda considerada demasiado ambiciosa, los dos mejores generales del reino, en otro tiempo enemigos, unían sus fuerzas para tratar de arrasar a la coalición europea que acababa de rebasar las fronteras septentrionales. Del bando de Seneffe, Condé, el frondista arrepentido, contenía los ataques de Guillermo de Orange. La campaña bátava se encendía, resonaba con el redoblar de los tambores, de los cañones y de los gritos; los muertos se contaban por millares, tanto en un bando como en el otro.

En la frontera lorenesa, los campesinos del Palatinado habían dado muerte y seguían matando sin piedad a los representantes del orden monárquico. Los relatos que llegaban a Versalles eran aterradores: los campesinos, armados con horcas y cuchillos largos como el brazo, salían las noches sin luna, degollaban a los soldados franceses y se esfumaban sin hacer ruido dentro de los bosques para reaparecer al día siguiente, en otra parte, en ninguna parte, por todas partes. Gracias a Dios Todopoderoso, Turena, el salvador de Alsacia, había comenzado la labor de represión con una brutalidad tan extraordinaria que no tardaría, como se esperaba, en reprimir a los demonios palatinos. Los pueblos eran incendiados, las poblaciones masacradas.

Día tras día, los corredores y los jardines de Versalles se llenaban del fragor de las batallas o del pequeño roce acaso aún más terrible de los pedernales contra las hojas de acero de los campesinos germanos. Las grandes fiestas, la belleza de Athénaïs de Rochechouart, el murmullo de los surtidores, la música del divino Lully apaciguaban los espíritus por espacio de un día. La inquietud renacía al día siguiente: ¿cuánto habían avanzado las tropas? ¿Cuál era el número de prisioneros, de banderas arrebatadas al enemigo? Desgraciadamente, en los partes de guerra diarios, el Rey y Colbert seguían siendo con harta frecuencia lacónicos: «Condé y Turena, que la corte esté tranquila, están a punto de vencer». Como es natural, se quería saber más; los cortesanos se pasaban horas acechando la llegada de los emisarios extenuados que acababan de dar cuenta de las maniobras de sus jefes. Eran incorruptibles. No trascendía nada.

Condé y Turena adoptaban aires de héroes míticos. Condé, sobre todo: ¿acaso no se sabía que habían sido abatidos tres caballos que montaba mientras cargaba contra el enemigo? ¿Y que había reclamado un cuarto para perseguir, solo, a los ejércitos bátavos en desbandada?

Cuando no temblaban ante la idea de ver aparecer al enemigo a la vuelta de un corredor o de un camino umbrío, muchos cortesanos se ponían a soñar con un nuevo Alejandro, con acciones brillantes, sacrificios y venganzas. Repetían sin cesar a las admiradas damas que no habrían tardado en alcanzar las llanuras polvorientas y anegadas de sangre si unos asuntos urgentes no les hubieran retenido en aquel mismo momento cerca del Rey.

*

Jean-Baptiste de La Quintinie estaba muy poco preocupado por estas sordas agitaciones. Escuchaba distraídamente los relatos cruentos que venían a contarle, observaba de lejos la inquietud creciente de la corte, las continuas idas y venidas de los mensajeros. No es que no se interesase por las campañas y por la suerte de sus héroes –conocía bien a Condé y sentía un auténtico placer en escuchar los episodios que ensalzaban su nueva gloria–, pero es que, por su parte, tenía que librar su propia guerra, una guerra larga y silenciosa, una guerra de la que nadie hablaba.

Los grandes manejos de La Quintinie habían comenzado cuatro años antes; tras lo cual el Rey, habiéndole liberado de sus obligaciones para con Fouquet, le había nombrado «Intendente para los cuidados de los vergeles de frutales y de hortalizas de Versalles». Las instrucciones del Rey habían sido entonces sumamente claras: un día que recorría con todo su séquito los corredores de Le Nôtre, el Soberano se había vuelto bruscamente hacia su nuevo jardinero.

–¿Sabéis lo que espero de los artistas que trabajan para mí, monsieur de La Quintinie?

–Lo ignoro, Sire.

–La perfección, señor, la perfección. Y vos sois un artista, monsieur de La Quintinie.

Esta exigencia, esta expectativa, lejos de irritarle, le habían conquistado.

El campo de tres hectáreas cuya responsabilidad tenía y que, en otro tiempo, saciaba a Luis Capeto y a su corte después de algunas partidas de caza o de alguna excursión, había tenido que ser reacondicionado y ampliado para subvenir a las necesidades exigentes del Rey y de la corte que multiplicaban,

con la llegada de la primavera, sus estancias en Versalles. La Quintinie había hecho, pues, añadir arcilla, sílice o piedra calcárea para bonificar la tierra de manera uniforme, abonar la mayoría de las parcelas aportándoles cal ablandadora, abrir nuevos canales, sembrar, construir invernaderos, plantar árboles frutales.

Desde que la nueva tierra había empezado a dejar escapar de su oscuro vientre las primeras variedades de plantas, entre las más comunes y las más singulares, la lucha se había vuelto más soterrada y tal vez más dura todavía: agotadora en aquel verano cuando las lluvias se hacían raras; penosa en otoño cuando se hacían más numerosas; ruda en invierno cuando el suelo se cuarteaba a causa de la congelación; desesperante en toda estación debido a los ataques de los depredadores de pluma o de pelaje o de los de los insectos. El jardinero tenía sus planes, un ejército abnegado, sus armas de madera o de hierro, sus victorias y sus derrotas.

*

Desde que asumiera su función, La Quintinie despertaba curiosidad. Se sabían pocas cosas sobre él, salvo que era persona querida del Rey y que, algunos años antes, había abandonado sus estudios de leyes para consagrarse a la horticultura. ¿Por qué razón había abandonado una carrera de jurista que, al decir de quienes le habían conocido por entonces, se anunciaba brillante? ¿Había tomado su decisión mientras visitaba el jardín botánico de Montpellier? ¿Mientras recorría la Toscana y los alrededores de Roma? Nadie lo sabía. Pero cualquiera que fuese el lugar en el que este destino había cambiado de rumbo, todos estaban convencidos de que no podía ser sino Dios mismo quien había presidido aquella iluminación, pues a tal

punto el trabajo de aquel hombre sabía alegrar los cuerpos y las almas que en ellos habitan.

A continuación había trabajado para Fouquet, en Vaux-le-Vicomte, al lado del arquitecto Le Vau, del jardinero Le Nôtre y del pintor Le Brun, los otros tres magos artífices en aquel momento del esplendor de Versalles. Pero nadie había olvidado la brutal desgracia del antiguo superintendente de la Real Hacienda. Por temor a provocar la ira del Rey, se prefería no hablar de esa época.

*

Si la mayoría de los cortesanos apreciaban, incluso admiraban a La Quintinie, algunos no dejaban de sentir envidia de aquel a quien el rey iba a visitar tan a menudo en medio de sus plantíos, un Rey que a veces se quedaba horas enteras observándole trabajar mientras él, siempre ocupado entre dos surcos o en lo alto de un árbol, parecía ignorar aquella magnífica presencia.

Algunos decían que era protestante, otros antiguo frondista y lector asiduo de las *Memorias* de La Rochefoucauld, otros también lo acusaban de ateísmo, porque había confesado, en presencia de ellos, apreciar a Vanini y su *De admirandis naturae*. Incluso había corrido el rumor, cierto día, de que las cartas que intercambiaba con los mejores botánicos ingleses o italianos no sólo contenían semillas o consideraciones técnicas sobre el arte de cultivar los rábanos. El Rey, presionado por su entorno, había encargado, durante varias semanas, a su camarero mayor Bontemps y a sus hombres en uniforme azul la vigilancia de las actividades del jardinero. No habían advertido nada de anómalo.

*

La Quintinie podía permanecer días enteros en su campo sin comparecer en la corte. Y cuando sus detractores lo divisaban en un corredor del palacio, se reían sarcásticamente y con ganas de sus trazas tan poco refinadas. Su paso enérgico contrastaba con la lentitud de sus brazos y manos. «Este señor debería recurrir a los servicios de un maestro de baile.» Iba en traje de trabajo, destocado, con las calzas, las medias y los zapatos embarrados. «Añadidle, amigo mío, los de un maestro sastre...» Delante de los grandes del reino, hablaba poco y se le oía decir que no esperaba más que el momento en que podría por fin regresar a su jardín. «... Y los de un maestro de retórica.»

Pero en cuanto el jardinero llegaba a su huerta, su paso se hacía más largo, sus gestos armoniosos y precisos. Conocía cada planta, cada insecto por su nombre. Eran numerosos los que iban a charlar con él al atardecer, a la hora en que se extienden las sombras, para enriquecerse con su conocimiento de las estaciones, de las hortalizas y de los frutos, de su sabiduría sumamente simple que había heredado del mundo que gobernaba.

*

La Quintinie raramente tomaba parte en los festejos que el Rey, a pesar de la guerra, dispensaba con largueza. Era evidente que los carruseles brillantes le aburrían, igual que los torneos en los que Monsieur[1] mostraba su gran destreza en el manejo de la lanza. A menudo se le veía aparecer una vez comenzados los festejos –cuando no al final–, apenado de llegar con retraso. En ocasiones, mientras en la arena Monsieur se

1. Título del hermano menor del Rey. *(Nota del traductor.)*

disponía a lanzar una carga temible, el jardinero se levantaba y desaparecía para no volver a hacer acto de presencia.

–Sin duda, monsieur de La Quintinie tiene cosas mejores que hacer...

–Su trabajo es exigente...

–¿No creéis, monsieur de Courtois, que también a mí me gustaría dejar cuando me pareciera un paseo interminable o una dispendiosa partida de la oca?

–¿Por qué no lo hacéis, mi querido amigo?

–¿Ignoráis a tal punto los usos de la corte? Si me dieran ganas de dejar mi puesto como lo hace ese señor, demasiado bien sé lo que me aguardaría. ¿Habéis olvidado ya lo que le pasó al conde de Rey, hará cosa de unos meses?

–No sé nada al respecto. ¿Qué pasó?

–El conde se jactaba de no aparecer sino raramente por la corte. Prefería, decía, su amada campiña ruanesa. Ahora bien, un buen día, tuvo que presentar una solicitud al Rey. ¿Sabéis lo que le respondió éste al primer gentilhombre de cámara encargado de presentar las solicitudes de audiencia? «¿El señor conde de Rey? No le conozco.» La fórmula fue rápidamente conocida por todos. De golpe, todos afirmaron a su vez no conocer al conde. Nuestro hombre, hoy en día, disfruta plenamente de su campiña, pero solo, sin otro amigo que él mismo.

*

La Quintinie no estaba casado. No se le conocía ninguna mujer en su vida. Sin duda, decían algunos, sus estudios habían sido demasiado largos, su pasión por la horticultura devoradora. No había tenido tiempo de amar.

Sin embargo, la marquesa de Cabannes, a la hora del té, contaba a las que quisieran oírla que una joven y rica viuda,

madame de Rouque, se había enamorado locamente de él unos años antes. Durante muchos meses lo había perseguido con sus atenciones, suplicándole que la amara. El jardinero, absorbido por su trabajo, había permanecido impasible y madame de Rouque había fallecido de tristeza. Y si La Quintinie se encerraba actualmente en su jardín como otros se encerraban en su claustro, era porque ciertamente esta muerte le había afectado más de lo que había querido dejar entrever nunca.

Verdadera o falsa, esa historia de amor triste había conmovido a un pequeño grupo de mujeres, las cuáles iban habitualmente a observar a este hombre que, en medio de su terreno, cargaba con el peso de una antigua culpa de la que no hablaba jamás.

*

La Quintinie no daba importancia a las palabras teñidas de envidia o de admiración que llegaban a sus oídos. No se preocupaba más que de las malas hierbas y de los insectos que amenazaban diariamente su fruta y sus hortalizas. La satisfacción del Soberano y de sus huéspedes lo animaba en cuerpo y alma: a ejemplo de los generales que levantaban, tan lejos de todos, la grandeza de Francia, se había empeñado, él, el hombrecillo inmóvil, en levantar, ante los ojos de todos, la grandeza de su Rey.

*

Algunas semanas antes, el jardinero se había mezclado con la multitud de los campesinos y de los empleados temporeros para asistir a la llegada de la corte a Versalles. El espectáculo,

por más que fuera cada vez más frecuente, nunca dejaba de fascinar. En medio de una gran polvareda, flanqueados por mosqueteros, la carroza roja del Rey, tirada por seis caballos bayos, y seguida por la de la reina, tirada por seis caballos blancos, llegaba al patio de mármol. A continuación iba una larga fila de coches, precediendo un cortejo intermitente de carretas cargadas de armarios, arañas, consolas y bustos de mármol. Lentamente, la compañía ganaba los alojamientos, invadía los corredores del palacio y las calles del jardín.

A cualquier hora del día, y a veces incluso de la noche, las galerías del palacio se veían invadidas por los peticionarios, los comerciantes, los obreros, los lacayos y las prostitutas cada vez más numerosas. Muy pronto, a pesar de la limpieza diaria, un olor a excrementos impregnaba los dorados, los estucos de los alojamientos y de las grandes escaleras de mármol.

Ruidos y olores salían por las ventanas para perderse por el lado de la huerta.

*

El trabajo en el jardín era agotador: desde hacía más de un mes, todas las mañanas, unas decenas de hombres salían, regresaban, volvían a partir del campo, con la espalda cargada de cuévanos llenos de naranjas o de manzanas, llevando a fuerza de brazos cañizos o parihuelas rebosantes de racimos, de higos o de peras. A veces se hacía necesario recurrir a las sillas volantes para transportar las calabazas o las coles. La Quintinie supervisaba infatigablemente esta maniobra que, en función del pedido, podía durar más de dos horas. Examinaba los cuévanos uno por uno, eliminaba las piezas estropeadas que destinaba a las faisanerías o a las caballerizas de Su Majestad. Ignoraba qué era de sus frutas y de sus hortalizas una vez que

salían del recinto de su jardín y le traía sin cuidado. Cuando le preguntaban la razón de ello, él husmeaba el aire y se contentaba con decir con mirada maliciosa: «Mis frutas y mis hortalizas alimentan a los hombres». Le bastaba con la alegría y el orgullo que esta simple certeza le proporcionaba.

Cuando llegaba el atardecer, y sus obreros finalmente le habían dejado, La Quintinie permanecía a menudo a solas en medio de su tierra para dibujar o escribir en los libros de notas que siempre llevaba en las faltriqueras. Su jardín debía poder proporcionar mucho más aún. Sin tregua, recorría sus calles bordeadas de boj, consideraba mejoras del terreno, nuevas plantaciones, nuevos acondicionamientos. No regresaba por lo general a sus aposentos hasta muy entrada la noche.

Le divertía decir que un día sus pies terminarían por hundirse en el suelo, que le brotarían hojas y musgo de las orejas y que sus brazos echarían ramas.

*

Hacia finales del verano, una vez confirmadas las victorias del Gran Condé y de Turena, los espíritus se apaciguaron. Aunque las galerías del castillo o las avenidas del jardín se animaban aún a veces con los relatos de batallas, en la mayoría de las conversaciones se cuchicheaba acerca de los nuevos amores del Soberano:

–¡La viuda de Scarron ha hecho perder la cabeza al Rey!

–¿Quién?

–La viuda de Scarron, el aya de los hijos de la Montespan.

–¿Quién os lo ha dicho?

–Nadie, yo que lo sé.

Bruscamente, a principios de octubre, los corredores, los jardines y las fuentes enmudecieron completamente. Siguiendo a su Rey, la corte había regresado a París y a sus palacios más confortables.